

Los Contemporáneos

Número extraordinario

10 Cts.



EL AMIGO AHORCADO

NOVELA POR

Adela Carbone

YZQUIERDO
DURAN

Handwritten notes:
mi...
querido...
primer...
razon...
Actual...

Pilules Orientales

Desarrollo, Endurecimiento, Reconstitucion de los pechos, en dos meses.
 Un frasco se remite por correo enviando Ptas 7.50 en libranzas o giro postal à CEBRIAN y Cia, Lauria 26, Barcelona.
 De venta en MADRID: Gayoso, Arenal 2; en BARCELONA: Oliver, Hospital 2, y en todas buenas farmacias



Las Hadas del mar envidian el perfil de tu figura ;
 el ruiseñor, en la selva,
 canta una oda a tu hermosura
 porque saben que te aseas
 con productos PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;
 Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,
 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.
 Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20
 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Ad-
 mirable, Matinal, Chipre, Rocío Flor, Rosa,
 Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.
 Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20
 pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-
 lo, 18 pesetas, frasco en estuche.
 Certés Hermanos.—(Sarriá).—Barcelona.

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

LEA USTED

ALREDEDOR DEL MUNDO

DEBILIDAD, NEURASTENIA
 CONSUNCION, CLOROSIS
 CONVALECENCIA

ANEMIA

VINO y JARABE

Deschiens

a la Hemoglobina

Los Médicos proclaman que este Hierro vital de la
 Sangre es muy superior á la carne cruda, á los ferru-
 ginosos, etc. — Da salud y fuerza. — PARIS.

EL AMIGO AHORCADO

Para Joaquín Roa, que ama tanto a las Musas como a las mujeres.

Con buena amistad,

A. C.

PRÓLOGO

Jesús Ramón sintió un gran alivio cuando entró en el ancho portal de su casa.

Así lo recordaba: su imaginación no falseó en dos años largos de ausencia. La misma fresca penumbra; la escalera con el primer escalón carcomido, las desconchaduras negruzcas en la pared estucada. Aquellos torpes monigotes pintarrajeados por los dependientes de las tiendas..., el nombre de algún vecino trazado con lápiz..., alguna palabrota obscena. Y aquel ¡Viva la República! junto a la puerta del piso de don Isidoro, el conde de la Saldana, que era una obsesión realista por ser el arruinado conde, caballero de cruz en pecho, aman-

te de la dinastía y guardador fidelísimo de apolillados pergaminos!...

Jesús Ramón subió corre que te corre escalera arriba. Ansiaba llegar cuanto antes a su guardilla-estudio... o a su estudio aguardillado.

¡Dos años, señor!... ¡Dos años y unos meses lejos de su torre de marfil, donde soñó tanto y con tanta fe en la gloria que la gloria se le dió un día primavera en forma de tercera medalla, como un Júpiter a una Danae atlética y con bigote recortado a la inglesa.

Jesús Ramón, pobre, laborioso, artista y mujeriego, sintió, allá en los campos de la América virgen, de Rubén, ese anhelo fervoroso por la Es-

Mano de Ramón

pañá caduca, por el Madrid fascinador, por ese Madrid del Ateneo, de la tertulia, legendaria ya, del antiguo Fornos, con la cual los jóvenes americanos sueñan aún, interrogadores e inquietos, como los efebos iniciados en la filosofía al penetrar en el atrio cicerónico.

Prematuramente meditativo Jesús Ramón no tenía más que una cualidad predominante: la voluntad. Dominaba su pensamiento, calmaba sus nervios... olvidaba el hambre, sufría el dolor y acallaba el deseo. ¡Voluntad! La diosa de los terribles ojos fascinadores; la de los oídos que no oyen; la que no lleva túnica ni tiene alas; la que va por el mundo sin cansancio, asolando a su paso los lugares para plantar sobre las ruinas la semilla que ha de recoger. Jesús Ramón era el ahijado de esta diosa.

Un día pensó que sus estudios en Artes y Oficios allá en San Salvador no servían para nada. Él necesitaba mayores horizontes que sus prácticas de escultor con don Felipe Valdivia-Torres en aquel viejo taller en la calle Colonias. ¡No!... Eso no era nada.

Cuando su hermano le decía en broma: "¡Hola, picapedrero!...", Jesús Ramón se mordía los labios. Eso era. Ayudaba al maestro Valdivia-Torres; ¿qué más hacía?... Algún es-carceo con el barro, al que trataba de dar el parecido con aquella cabe-cita blanca y triste de su madre... Alguna atrevida intentona de hacer en mármol una mano noble... un bajorrelieve de dos ángeles unidos para el mausoleo de su prima Palmira, muerta cuando el artista comenzaba a enamorarse de ella...

¡EUROPA! ¡PARÍS! ¡RODIN!

Como un joven argonauta fogoso, Jesús Ramón preparaba su nave: su expedición hacia la tierra del vello-cino ignoto.

Modelaba en barro durante horas y horas. Abandonó el viejo taller y al viejo maestro, como, sin vacilar, abandonara antes la cátedra que se le ofrecía en Artes y Oficios. Se rodeó de mujeres para que sus obras tuvieran realidad de movimientos y de forma, exaltó a los amigos hasta la antipatía para oír sus verdades amargas y curarse de defectos que la bondad no advertía.

Su habitación se abarrotaba de revistas, estudios, copias académicas, cacharros viejos y estilizados objetos modernos.

El muchacho no comía apenas; se vestía en toda estación con la misma ropa; no fumaba; no salía de su jardincillo fragante de rosas blancas y heliotropos trepadores. Trabajaba, trabajaba y soñaba.

Rodin fué su obsesión. Munier, Bartholomé, sus inquietudes, cuando Mestrovic, con su cincel rudo y desconcertante, despertó en su temperamento juvenil los escalofríos de la duda. La sorpresa dejó paso a la meditación; y una mañana, sin saber por qué tomó la arcilla entre las manos y, tres noches después, rendido de fatiga, estupefacto de su propio candor, vió, entre dos cipreses altos y finos como las lanzas de Alejandro Magno, la escuálida silueta de la ioba romana. La chata cabeza, con las fauces amenazadoras, y las picudas ubres maternas se orlaban de plata viva bajo el casto plenilunio.

Jesús Ramón contempló su obra, desconociéndola. Quiso saludar al emblema de la Ciudad Eterna como un peregrino de la belleza. Evocó las nostálgicas estrofas de Cátulo:

"Optima nutricum nostris, lupa Mar-
[tia, rebus,
Qualia creverunt maehia lacte tuo..."

pero la voz se le rompió en sollozos al pronunciar esta palabra: ¡Roma!

Comprendió que estaba irremediablemente perdido si no huía de aquella soledad y de aquel ambiente propicio al ensueño morboso.

Pasó tres meses más en constantes angustias, en resoluciones imperiosas. Por fin, su tío don José Portales, un buen señor comerciante en vinos, como obedeciendo a una súplica cariñosamente insinuada, tuvo a bien entregar su alma a Dios, dejando a su sobrino como único y universal heredero.

Por este medio tan práctico Jesús Ramón fué rico. Rico solamente—no *muy rico*—. Rico: lo que se llama rico en la colmena de los artistas pobres. Poseía esos diez duros *oportunos*, que son la fortuna metódica.

—Valen más diez duros a tiempo que diez mil, después de haber pasado la noche en ayunas, sin comerlo... ¡ni beberlo!...—decía con un suspiro delirante Octavio Argel cada vez que caían en sus manos los diez duros *oportunos*.

Jesús Ramón, por instinto de su raza, quiso recibir el espaldarazo artístico en Madrid.

—¿Qué? ¿Vienes a que te arranquemos las plumas, indio?—solía decirle Argel, en medio de sus agresivas borracheras.

Jesús Ramón pagaba el gasto y le contestaba con su gracia impertinente:

—Vengo a traerte la plata de los

Moctezuma, inquisidor que me persigues.

—¡Ah!, eso está bien..., eso está bien. Abracémonos. Eres un héroe joven; yo soy un santo barroco. ¿Lo ves? Colores vivos..., rimas floridas... madrigales... ¡P u a f !... Por dentro, de madera... Ni mitra de oro, ni báculo..., ni capa pluvial con el Espíritu Santo entre nubes... ¡Palo!... ¡Palo!... O, si quieres mejor..., tarugo.

Pero cuando la ráfaga ardiente pasaba era el amigo insustituible y lúcido. Nadie como él para guiar al catecúmeno.

—No digas eso, Jesús Ramón; eso le molesta al académico tal o al periodista cual, o al pintor C o al comprador X.

Y, en efecto: el consejo era oportuno.

—Di esto; pregunta aquello. Expon en este salón. No llesves tus obras a la Exposición cual...

Era el guía y el mentor. El amigo leal. El único.

—¡Pobre Octavio!—decía el muchacho—. ¡Cargas con la responsabilidad de mi inexperiencia!...

—Tú cargas conmigo cuando me caigo borracho por las calles. ¡Cada uno lleva su carga!...

Y sus treinta y seis años tristes sonreían al corazón del amigo, que él iba, poco a poco—por hacerle un bien—, anegando en las hieles frías de la verdad.

CAPITULO PRIMERO

—Anda, perezoso; levántate—dijo Luciano, golpeando la puerta de la habitación en tinieblas.

Jesús Ramón se despertó sobresaltado.

—¿Qué hora era?... Las diez... ¿Las diez, y me llamas perezoso, después de la noche pasada?...

—Es que yo, a las tres, como las personas formales, no como los perdidos como tú, vine a casa muy sereno, y me metí en la cama con la formalidad de un trapense.

—Pues no te creas que he hecho yo otra cosa, sino que, en lugar de llegar a las tres, ha sido a las seis...

—Bueno; levántate y vámonos al Bois.

—No, hijo, no. Yo voy donde tú quieras menos al Bois. Al Bois o van los parisinos por excelencia o los forasteros catetos, como decimos por Madrid; pero los hombres como tú y como yo, artistas nobilísimos, espíritus seleccionados, mañana tal vez cúspides del arte, ¡no!...

Diciendo esto se incorporó entre las almohadas y comenzó cachazudamente a liar un pitillo.

Luciano se impacientaba.

—Bueno, futura cúspide; ¿vienes al Bois o no vienes?...

—¿Es un ultimátum?...

—Es.

—Pues no voy.

—Pues tú te lo pierdes.

—Pues yo me gano, con tu au-

sencia, tres horitas reconfortantes de sueño. Dame tu encendedor. Gracias. Adiós. ¡Cómo me voy a reír cuando vuelvas desencantado, después de haberte roto las suelas, paseo arriba, paseo abajo, sin conocer a nadie, viendo cómo se saludan los demás!... Adiós, que te diviertas.

—Pues ahora vienes porque a mí se me antoja, y vienes por las malas o por las peores...

—¡Nunca! Antes tiro la ropa por el balcón.

—Pues te llevo en pijama. ¡Andando!... Vamos, pronto; al agua ahora mismo!...

—¡Y tendré que ir!... Eres un tirano. Y el caso es que me puedes. Te empeñastes en traerme a París, y lo conseguistes.

—Sí; ¡puedes quejarte!...

—No; si no me quejo ni cuando me pegas. Porque esto es pegarme. No me quejo; pero yo era feliz en Madrid, en mi docta tertulia ateneica, en las reuniones del Charquito, en los mentideros del Gato y la Maison.

—¡Cómo se ve lo bruto que eres! ¡Doctas tertulias!... Sí: donde te quitaban las tiras de pellejo y el tiempo. Y tú, ¡salvaje!, ¡tan contento!... Con tu Octavio Argel como una sombra detrás de ti pidiéndote los diez duros oportunos... ¡Valiente vida!... Te invito a venir a París. Te ofrezco la cocina de mi elegante y des-

tartalado estudio..., donde no hago más que amar a las horas que tú evocas a Museta, y, por lo tanto, no te puedes ruborizar de mis debilidades pasionales...; te instalo como un príncipe arruinado, te pongo cataplasmas de sémola un día en que no teníamos en casa más que sémola y que tú tenías una pulmonía en miniatura... ¿Y aún te quejas?... ¡Ingrato!... Después que tengo la abnegación de soportar que los amigos me avergüencen cuando entran y preguntan, viendo los mamarrachos de tus esculturas: “¿Esto es tuyo?... Está bien.” Claro que en cuanto saben que es tuya toda esa tropa de musas retorcidas y de diosas hipocodriacas, se ríen a carcajadas. ¡Ay!... ¡Animal! ¿Por qué me tiras el cepillo? Pues has podido escalbrarme, ¡so bestia! Tú te crees que estás todavía en tu tierra, que tratas con tus esclavos.

—¡No!—dijo el escultor prontamente—; en mi país no hay ya esclavos. Por huír hasta de la esclavitud moral hemos consentido en separarnos de una Patria-Madre, como España. Y..., ¡no obstante!... ¡Cuánta tierna esclavitud voluntaria hay en los corazones de aquellas mujeres de mi país!... Tenía mi hermano una nodriza negra que había nacido en casa. En nuestra casa se había casado, como sus padres y sus abuelos, y sus bisabuelos, allá en las épocas de la Reconquista. Al nacer mi hermana Constanza, la fiel sirvienta tuvo que encomendar a su hijita a los cuidados de una mujer de un barrio cercano. Todos tomamos a la negrita bajo nuestra protección. Mi madre quiso ser la madrina; yo, el padrino; mi prima Palmira era quien la confeccionaba las ropitas. Mi hermano Laurencio se encargó de asegurarle un porvenir: cartillas en el Monte..., seguros de vejez..., huchas, tres o cuatro huchas, que todos los chicos

de la familia llenábamos, ahorrando hasta en los caramelos, para que la negrita tuviera una fortuna.

El día de su bautizo no desmereció del de mi hermana. Se engalanó la casa, hubo champán..., bailamos. Se hicieron platos especiales, dulces caseros..., natillas, flanes..., tortas, que seryimos nosotros mismos en el patio, a los criados.

Palmira y yo nos empeñamos en que se llamara Azucena—¡una azucena negra! ¡cosas de chicos!—. Y la negrita Azucena creció y fué el encanto de todos nosotros *los mayores*, que jugábamos con ella como con un muñeco viviente.

—¡No suspires, hipócrita! Estoy viendo el final: que te cargaste a la negra. ¡Como si lo viera!... Tú, en San Salvador, como en París, siempre has sido un sátiro.

—¡No seas, bárbaro, Luciano! ¡Ea! No te cuento la historia de mi esclava... voluntaria...

—Sí, hombre... Además, que eso no era una esclava; eso era una esclavina de luto, ¡a lo sumo!... Pero no te enfades: son bromas mías. Me interesa. Di.

Rebuscó entre unos papeles viejos... Sacó unas fotografías.

—Mira—dijo Jesús Ramón.

—¡Chico! ¡Qué maravilla! ¿Quién ha hecho este bronce?

—Yo.

—¡Qué bruto!... ¿Tú?... ¿Y por qué no has dicho que sabías hacer esto?... ¿Y dónde está esta pieza inmortal?

—Allá...

—¡Allá!... ¡Allá!... ¡Pues sí que eres un primo! Y te vienes aquí con cabecitas truncadas. ¡Qué *Melancolía*, qué *Ocaso*..., qué *Dolor*! ¡Dolor!... Como ésta, que parece que tiene dolor de tripas. Y esto que es un bronce triunfal, una figura digna de Juan de Bolonia..., una maravilla, porque lo digo yo, que no sé si ha-

brás notado que no te adulo..., ¡esto te lo dejas en tu jardín florido de San Salvador! ¡Vamos, hombre!...

—Verás: todo tiene explicación...

—Sí, hombre; que la estatua es el retrato de la negrita, y lo guarda ella para enseñarle al niño el cappelavero de papá; el niño!..., que será blanco y negro como una cebrilla. Y mientras tanto, *papá*; qué mono!... haciendo *Charlots* de Carrara.

En la mirada del narrador sorprendió Luciano un reproche amistoso.

—Di, hombre..., di, ¿qué pasó con tu esclava?

—Pasó que transcurridos los primeros años, cuando yo comencé con mis arrebatos de arte y me alejé de la familia para trabajar a mis anchas en una casita de barrio extremo... dejé de ver a Azucena y a sus padres... ¡Casi no veía a mi gente!... Los veía si me visitaban solamente. Un día mi madre sorprendió tan sucio y desordenado el taller, que mandó a la negrita para que lo arreglara. Llegaba por las mañanas; yo dormía y ella limpiaba con mucho cuidado. Pero un día... yo tenía en estudio una tanagra—la bella tanagra *del velo*—, la modelaba en barro, y Azucena, ¡al fin mujer!, ¡ya mujer en la floración de sus diez y seis años!, tuvo la curiosidad de ver la obra... Levantó el trapo húmedo... tomó en sus manos el barro blando... no sé qué pasó... ¡no sé!... se le cayó al suelo... el caso es que aplastó la grácil estatuilla. Yo oí su sollozar desde mi alcoba... De rodillas me pedía perdón, humilde, inclinada como una esclava núbil. Pensé en seguida en modelarla así...; se lo dije. Aceptó, riendo a través de sus claras lágrimas, dejando ver, sobre el bronce de su cara graciosa, el blanco resplandeciente de sus dientes iguales. Al ponerla en pie para que me ayudara a preparar lo necesario advertí bajo su vestido de Cambray la línea armonio-

sa de su cuerpo. Y entonces la dije que me dejara copiarla desnuda. Ella me miró con un espanto exagerado. Dudaba, temblaba toda; pero como yo la dijera en broma, sin creer en el éxito de mis palabras, que era mi esclava y que debía obedecer... Dócilmente se resignó y realicé la obra. Todas las mañanas, bajo el sol pálido del otoño, venía la muchacha como si cumpliera un rito sagrado. Subía a la tarima y permanecía sin cansancio hasta que yo iba a cubrirla con una roja tela, que la hacía aparecer aún más bronceada, como una de aquellas danzarinas etíopes del cortejo fabuloso de la reina de Antioquía.

—¿Y entonces?...

—...entonces... cuando terminé la difícil labor triunfalmente y la dije que ya mi esclava se había librado de su esclavitud, ella me preguntó tapándose la cara:

—¿Y ahora?...

—Ahora—la dije—correrás el mundo en tu soberbia desnudez. Te admirarán las naciones enteras. Te llevaré a Roma, a París... a Bruselas... a Petrogrado...

—¿Y aquí?...

—¿Aquí? También. Todos los artistas envidiarán mi fortuna por haber encontrado una modelo como tú.

—¿Ya no me necesitas más?...

—No — la dije, besándola en la frente.

Entonces ella, silenciosa, se alejó. Cruzó el jardinillo fragante, y como una Ofelia de bronce vivo, en su ingenuo candor, se dejó morir en las aguas quietas de una laguna. Ahora comprenderás por qué mi estatua no será nunca profanada por la admiración del mundo. ¿No lo merece?

—Lo merece...

—¡Pobre Azucena negra! ¡Qué estrictamente comprendía el pudor!

Y los dos amigos se miraron noblemente meditando por un instante en la inutilidad de un bello sacrificio.

II

El americano iba como a rastras. Luciano, por el contrario, se extasiaba ante el espectáculo alucinante del Bois de Bolonia, donde una multitud exhibicionista cruzaba como en un sueño.

—Mira que quiero yo a Madrid, ¿eh?... De Madrid soy, de Madrid son mis padres... de Madrid no he salido hasta los veinticinco años, ¿eh? Pues... ¡no sé qué decirte, chico... pero cuando veo este París... ¡Y esta tontería de mujeres, aquí me quedaría per in secula.

—Pues a mí... te soy franco, admiro todo. Me apasiona París, pero este París que nosotros vivimos, el París del arte, de los grandes cenáculos literarios... el París de Museo, de la vida perversa, lujosa, alegre. El París del éxito, en fin. Pero para vivir... vivir... para tener una casa, para atraer a mis padres, para instalarme como extranjero que viene a vivir aquí..., ¡no! Yo viviría en París como hombre libre, pobre o rico, pero libre. Yo vendría..., o vendré aquí como artista siempre que pueda; pero si me caso, o si quiero pasar la existencia en mi hogar, tendré que ir allá..., donde viven los míos. Será que soy muy entrañable, muy íntimo en mis afectos, muy perseverante... o muy comodón.

—No, no, si yo también quiero a los rincones familiares, a los refu-

gios evocadores; pero es que si me voy allí..., no puedo estar aquí..., ¡aquí!... Entre esta *pachez* de señoras—y gritaba y levantaba los brazos—. ¡Oh, Denise!, ¡Miquette!, ¡Ponponle!..., ¡Ivonne!... ¡Musas, divinas musas pintarrajeadas sabiamente, os adoro!...

—¡Bueno! Estás más loco que una cabra...

—¡Oh, Georgette..., Estephanie..., Susaine!...

—¡Hombre..., no seas idiota! ¿Quieres no gritar?... ¿No ves cómo te mira todo le mundo?...

—¡Déjame que cante mi loa en honor a estas incomparables diosas de Montparnasse!...

—Sí, canta, pero en tu estudio, allí solito; pero aquí, no, porque se ríen de ti. Allí yo te coreo con mucho gusto y canto contigo todas las loas que quieras a esas y otras musas... Y eso que creo que ya las has agotado todas.

—¡No!... Falta la mejor: Arabela, una irlandesa deliciosa que te presentaré en cuanto llegue de Londres, donde ha ido... a... no sé a qué; creo que a comprarse un paraguas.

—¿Esa, no es la rubia que tienes en las nueve actitudes de las nueve musas?

—Sí, hombre, sí: esa misma. Es bonita, ¿eh? Aquellos estudios no tienen importancia: los hice cuando yo

creía que era un gran *amateur*. Después de conocer a Arabela y vivir tres años de juerga en París he visto que era... un gran amador, y que el arte había sido el pretexto para vivir esta vida incomparable. Sí; te presentaré a Arabela. Es preciosa. Y mira si soy buen amigo: hasta te la dejaré de modelo para una de tus cabecitas clásicas. Te servirá bien: es una gran modelo, sino que ya no ejerce. Desde que yo la retiré.

—¡ Ah!..., es que...

—Sí: tiene una casita muy mona... Ya te llevaré. La he acaparado, como se dice ahora. ¡ Bueno!..., por lo menos yo creo eso.

Jesús Ramón buscaba a alguien con la vista. Le había parecido ver entre el ir y venir de los jinetes a una amazona rubia de perfil estatuario. Por su traje negro, abrochado hasta el cuello; por su sombrero caprichoso y su empaque altanero, creíase una *diva* muy engreída representando un papel de princesa. Jesús Ramón la vió aparecer con sobresalto, y sentía una viva contrariedad al pensar que no volvería a verla. Hasta, en su sorpresa, había creído adivinar un gesto de curiosidad, que detuvo los lindos ojos claros, como en una interrogación fugitiva, sobre los dos amigos.

Anduvieron aún mucho rato entre las gentes, que distraían a Luciano con su aspecto diverso y que excitaban los nervios de Jesús Ramón, a quien la desaparición de la amazona estatuaria comenzaba a obsesionarle.

—¿ Qué?... ¿ Buscas a alguien?

—No—respondió secamente Jesús Ramón al verse sorprendido por su amigo en aquel obstinado oteo.

—¡ Ah, bueno! Porque si buscas a alguien o te estorbo me lo dices. Yo hacer mal tercio a un amigo, ¡ nunca!

—¡ Qué idiota eres!... Lo que busco es un sitio donde refugiarnos, por-

que, fíjate en esas nubes... Va a descargar un aguacero que ni en el trópico.

—¡ Quita de ahí!... Hoy no llueve.

—¿ Que no?... ¡ Ah!...

—¿ Qué?

—Nada.

—¿ Nada?... Creí que habías dicho ¡ ah!

—¿ Ah?... ¿ Yo, ah?... ¡ Tú estás tonto!

¡ Había visto a la amazona, que volvía a paso, mirando también ella, como si quisiera distinguir a alguien.

Un oficial, joven y conde, casado, se detuvo y la hizo el saludo militar, subrayándolo con una sonrisa alegre.

Ella, cómicamente, se llevó la fusta a la frente, imitando el saludo del teniente.

El escultor americano hizo un mohín de niño malhumorado.

—A quien buscaba era a éste—pensó—. ¡ La preponderancia militar es abrumadora!...

En esto vió que la amazona casi detenía su cabalgadura. Luego, fijando su mirada en ellos, saludó con la mano.

Jesús Ramón cogió del brazo a Luciano.

—¿ Es a ti?...

—¿ Qué?

—...A quien saluda esa amazona.

—¡ Ah! Sí: esa es otra modelo.

—¿ Ves?... Una belga..., un poco vistosa, pero guapa. Parece una alemana, ¿ verdad?... Fué la amiga del príncipe Starky, un tío con la mar de *rublos*. Eso a ella la dió cartel.

—Me gusta esa mujer. Parece una walkyria.

—Sí: ella lo sabe. Por eso lleva ese sombrerito con las dos alas blancas. Tú, tú..., date prisa: llueve. Ya lo decías tú.

—Me gusta esa mujer.

—Ya lo he oído; pero llueve, y no pensarás quedarte aquí.

—¡Mira la walkyria cómo galopa!...

—¡Claro! Como que va a caer el diluvio...

—Oye, oye; se le asusta el caballo.

—No, no hay peligro; monta bien. Y, además, se paró.

—Pues se va a poner como una sopa. ¡Fíjate cómo se ríe!... Espera... ¿No la conoces tú?

—¡Sí, hombre! ¿Qué quieres?

—Dale mi impermeable.

—¡Ya está armada! Ahora la presentación..., el *flirt*... ¡Bueno! Lo que quieras.

Se acercó y ofreció a la amazona la gabardina de Jesús Ramón. Ella se negó a aceptarlo, pretextando que la gustaba recibir la lluvia primaveral. Hablaron. Se calmó el chaparrón, y Luciano invitó a la *walkyria* a subir al estudio.

—Allí nos mudaremos todos de ropa—dijo, sacudiendo el sombrero—. Venga usted, Julieta; ¿no quiere usted subir al estudio? Verá usted algunos trabajos interesantes de este indio.

—Además, me permitirá usted que saque un apunte de ese regio perfil de walkyria.

Ella reía, coqueta, irguiendo su busto magnífico...

—Si pudiera subir el caballo, sí iría con muchísimo gusto.

—¡Ah, si es por eso..., que suba, que suba el caballo también. Lo subiremos éste y yo en brazos.

—Sí; pero luego, ¿dónde lo dejamos?

—En cualquier rinconcito..., en la cocina. ¡Ay, no; se me olvidaba, que en la cocina duerme éste.

Jesús Ramón se indignó.

—Pero, hombre, no tiene nada de particular: la cocina es amplia..., no se utiliza, y, además—tranquilícese usted, Julieta—, este hombre, que es un esteta de San Salvador, la ha recubierto de telas persas y de lienzos

indios, que le ve usted allí en calzoncillos, y se cree usted que está viendo a Nigysky en *Schereszada*.

Ella prometió ir al día siguiente para ver los estudios del joven artista americano, a quien decía, con un énfasis muy femenino, que le deseaba la conquista de Europa, como a un Júpiter juvenil.

Al día siguiente, en efecto, cuando terminaron de tomar el te, Julieta no sabía qué hacer para echar discretamente a Luciano. Luciano, por su parte, que había advertido el juego, todo se le volvía dar puntapiés a su amigo, hacerle guiños y lanzarle indirectas.

Tres días más tarde volvió Julieta: le había dicho *al indio* que le dejaría hacer un apunte para una cabeza de estudio. Pero Jesús Ramón, sorprendido en un principio por el empaque de la rubia amazona del Bois, al verla tan cerca, tan propicia, sintió que la inspiración no respondía a su propósito. Ella dijo:

—¿Estoy bien para una primera medalla?...

Estaba muy bella, en efecto; muy académica..., muy inexpresiva, con su perfil blanco y rosa, orlado de cabellos áureos, anudados a la manera helena. Se desabrochó el cuerpo del vestido, dejando ver la suave redondez de su busto. Colocó las manos tras de la nuca rubia; parecían dos alas diminutas. El viejo diván, de terciopelo grana, ponía prestigios del Tiziano al fondo, donde la mujer permanecía inmóvil, esperando una resolución de quien la contemplaba: una resolución artística... o humana... Pero Jesús Ramón no se movía. Sentía un grave desencanto. Comprendía que penetrar en la existencia de aquella criatura era una inquietud que se imponía. ¡Un nuevo paso en el Gólgota sentimental!... ¡No! ¡No! Conocer un nuevo carác-

ter, soportar una nueva tiranía..., emprender nuevos sacrificios..., nuevas renunciaciones de libertad por exceso de libertinaje. ¡No! ¡No! Sentía ese cansancio físico que nos asalta al emprender una nueva etapa en el largo viaje comenzado. Ir en un tren que corre vertiginosamente, que nos marea..., que nos penetra en la negra cuenca de un túnel..., gentes desconocidas..., malas noches... Llegar a una población extraña. Hotel suntuoso..., cama nueva. Criados serviles e indiferentes en el fondo.

El eterno menú de todos los hoteles, ¡siempre igual! Mucho picante..., mucho champán helado..., frutas prometedoras y luego insípidas, que no calman la sed, y todo eso entre una música trivial y muchas caras curiosas, que miran como si envidiaran, que examinan sin curiosidad... Y un día, bajar al comedor..., y un intruso cualquiera se ha adueñado de aquella blanca mesita florida. ¡Oh, no! ¡No!..., pensó Jesús Ramón resueltamente.

—¡No me embarco!

III

Por fin, un día llegó Arabela a París. Regresaba de Londres, y Luciano se lo advirtió a su amigo. Más de una semana anduvo Jesús Ramón solo y un poco desorientado. Le parecía imposible no poder discutir a todas horas. En la tertulia de *La Rotonde*, donde se reunían los artistas españoles y sudamericanos, tuvo que soportar no pocas bromas. Jesús Ramón, sin Luciano, no era Jesús Ramón. Paco Herranz le puso de mote *La viuda triste*. El escultor no se enfadaba. Antes de terminar el mes, no obstante, Luciano volvió al estudio.

—¿Estás solo?—le dijo.

—Sí.

—Entra, entra entonces...

Apareció en la puerta una dama de ensueño; una mujer toda de gris, con un gran sombrero velado y una

sonrisa suspensa en la curva roja de una boca enigmática. Claras, claras las pupilas..., casi grises como el vestido... los cabellos, de un rubio ceniciento...; las manos, enguantadas, y el refulgir claro de una cadena de platino y perlas, como única nota vanidosa en la plástica gracia de aquella sencillez admirable.

El escultor, entre sus atisbos estéticos y sus fogosidades de treinta años, quedó apresado, como el santo de las Tebaidas, entre el espíritu y la carne.

Luciano esperaba que la mujer avanzara para la presentación puramente formularia. Pero ella, sin moverse de la puerta oscura, que la encuadraba como un marco, dijo:

—Soy Arabela. ¿No le ha hablado a usted de mí Luciano?...

Y señalando con su mano fina, co-

mo si el viento sacudiera un lirio, dijo, indicando el friso donde su amigo había modelado su forma en las actitudes de las nueve musas:

—Mire usted... Yo soy... todas aquellas deidades olímpicas.

Y se echó a reír levemente, como si quisiera decir a Jesús Ramón:

—¿Ves? Soy humana. Soy una mujer como las demás: me río..., hablo...

¡Oh, sí, sí!... Era una mujer; pero Jesús Ramón no lo podía creer.

Pasados los primeros meses fueron nuevamente juntos a todas partes. Muchas veces acompañaban a Arabela a su casa, y ellos regresaban a *La Rotonde* solos. Muchas noches, estando ya acostado Jesús Ramón, oía abrir la puerta.

—¿Quién? ¿Quién?—gritaba.

—Yo, hombre; no te asustes. De un tiempo a esta parte tienes miedo a los ladrones. Soy yo. ¿Qué? ¿Te extraña que venga a mi casa?...

—¡Hombre!... Sí; me extraña.

Luciano se reía, haciendo algún comentario de más o menos buen gusto.

Como le había prometido, rogó a Arabela que sirviera de modelo para una cabecita clásica.

Ella accedió; pero a los quince días Jesús Ramón buscó un pretexto y se alejó de París.

Luciano le decía que era un fracasado.

Arabela se dió por ofendida.

Jesús Ramón se marchó al campo: pasó quince días en los alrededores de Compieng.

Arabela, toda envuelta en la bruma gris de su vestido, se le aparecía tal como el día en que la halló por primera vez. Su aparición no era una sorpresa, sino un convenio que él había hecho con su deseo desde hacía muchos años.

Era una de esas ambiguas figuras que tienen los hombres en el alma-

rio recóndito de su juventud, al que recurren cuando ha fallado la realidad. Esta mujer no era el amor; pero era el refugio; era una mujer como debería ser la mujer que él buscaba. El, en sus dudas, la llamaba Cordelia, y se parecía físicamente a Arabela. Cuando una mujer le traicionaba..., corría a refugiarse en los brazos de ilusión de su Cordelia. Cuando una mujer no le comprendía, le decía a Cordelia: "¿Lo ves? Tú sola me comprendes." Y durante esos días campestres pasaron como sombras, bajo los altos árboles añosos, las amadas que nunca pudieron superar a la Cordelia de sus ensueños.

Sólo una... Y eso era porque tampoco fué en su vida una prolongada verdad. Sólo una rival verdadera tuvo la Cordelia espiritual: Issa. Una mujer que sólo quemó la carne del artista durante los meses de su permanencia en la ciudad del Adriático.

Allí, como lord Byron, en la abierta alcoba de la góndola negra, había tenido a Issa obsesionada de sus caricias.

En el Lido, como Alfredo de Musset, había dormido su letargo ardiente de vino y de poesía.

Issa, como una heroína de trasnochada cinematografía, apareció una noche en un cabaret, entre el ruido ensordecedor de los brindis, la música y los chillidos. Luego Issa, en la habitación casi en tinieblas, le tendía los brazos, como una loca de atar.

Con su melena negra de paje medioeval, con sus ojeras cobrizas, Jesús Ramón la veía destacarse de las nieblas del recuerdo. La veía sonreírle obstinada, con su sonrisa prolongada por la muéca de la cocaína.

¡Issa!... ¡Loca de atar!... ¡Qué inquieto y vagabundo corazón, todo lleno de heridas y siempre pronto a renacer! ¿Dónde habría nacido aquella mujer?... Lejos del país donde vivía. Por eso llevaba en los ojos las

desolaciones del destierro. Issa, todo nostalgia y fuego oculto, le gritaba en la boca cosas increíbles, embriagándose en el sadismo de la infidelidad. Cuando más se estrechaba a él era para rogarle que le hablara de las mujeres que el escultor había amado; y cuando él se arrobaba en el abrazo largo, descansando, inconsciente del pasado y despreocupado del porvenir, ella le llamaba con el nombre de otro hombre... Mauricio..., Carlos..., César... Y sobrevenían entonces tempestades crueles, gritos..., amenazas..., injurias... Issa se crispaba toda en su implacable tenacidad imaginativa por la emoción.

Pero era siempre una criatura triunfante en su perversidad nativa; era ahora, a través del abandono, el recuerdo que más hería al artista, porque no era el amor, sino algo peor: la embriaguez y la duda.

¿La había tenido?... ¿Había existido aquella mujer?... ¿Qué ocurriría si la volviese a hablar?...

¡Nada! Porque Issa no volvería... Issa no había vivido.

Era un sueño enfermizo..., y cerraba los ojos y percibía aquel perfume y aquella tibia sensación de la piel sobre el ángulo de su rostro y su hombro, donde ella le acogiera por última vez.

Pero Issa era la rival de Cordelia, mientras que Arabela era, Cordelia misma. Cordelia, con sus ojos claros y sus rubios cabellos y su interrogadora quietud. Era Cordelia, que se hacía llamar Arabela para que no la conociera el amante. Como en las maliciosas farsas italianas, se cambia el nombre y se viste de hombre la enamorada que recorre el mundo en busca del que fué su solo dueño.

IV

Aquel otoño no traía emociones nuevas para el escultor. Se daba grandes paseos por las calles. Comía en cualquier restorán a cualquier hora. No tenía más que un rumbo fijo: ir a *La Rotonde* por la noche.

Demostraba una viva impaciencia por presenciar la apertura del Gran Salón, impaciencia que era pretexto para desechar preocupaciones.

Preguntaba a los amigos, inquiría los nombres de los expositores. Cruzaba París entero para enterarse de la dirección de alguna modelo a

quien luego no llamaba. Escribía largas cartas a sus condiscípulos de San Salvador, y no les indicaba su dirección porque no le interesaba la respuesta.

En la calle Brea armó una gresca descomunal un día con uno de los compradores más acreditados por la adquisición de una de sus estatuas. El comprador aseguraba que por nada del mundo volvería a tratar con Jesús Ramón, aunque fueran sus obras mejores que las de Miguel Angel.

Durante la mañana no dormía, co-

mo en otros tiempos, y su mal humor se acrecentaba. Si salía, le molestaba el ruido de las calles. Si iba al Louvre, le impacientaban los juicios disparatados de las gentes.

Cuando comenzaba a anochecer se calmaba. A las diez emprendía el camino hacia *La Rotonde*. Atravesaba el bulevar Eduardo VII muy aprisa, muy aprisa, como si tuviera que llegar puntual a una cita. Tomaba la dirección de la avenida du Maine, y durante el trayecto, en el metro Nord-Sud, sufría las torturas de la impaciencia. Consultaba el reloj dos y tres veces... Alguna vez decía en voz alta: "Luciano, ¡como si lo viera!..., no ha llegado aún..." Cuando volvía la esquina del bulevar Montparnasse y veía los focos de *La Rotonde*, que brillaban con su claridad lunar, Jesús Ramón sentía un deseo de huir...; pero se hacía fuerte: hablaba con todos, piropeaba a las muchachas a la manera española. Se tumbaba en el largo diván de cuero amaranto, junto a la mesita de madera, que siempre ocupaba con Luciano y el grupo de sus amigos, no lejos de la peña de españoles, constituida anteriormente. Desde el centro del local, desde su alto banco, junto al comptoir, como desde un trono de alegría, alguna muchachita reidora le saludaba. Se levantaba perezosamente e iba allí. Comenzaba a bromear sin fijarse en lo que decía; pedía alguna bebida que no probaba siquiera. En cuanto Luciano llegaba iba a reunirse con él. Si le acompañaba Arabela, Jesús Ramón se hacía el distraído o se detenía en la otra mesa a discutir cosas que no le interesaban.

Hacia que Pepe Togores le explicara su nueva teoría de colores. La reducción de los tonos vivos, que habían de dar un resultado de realidad absoluta. Jesús Ramón oía sin comprender.

—¿Qué te pasa?...

—¿A mí? ¡Nada!...

El amigo se indignaba:

—Sí, hombre, sí; a ti te pasa algo.

Manolo Cano solía decirle, conciliador y bromista:

—Dejad al *indio*, dejadle. Ya veréis cómo de esta preocupación sale la obra maestra. No he visto todavía a un artista enamorado que no crea que *aquella* mujer es la que ha de inspirarle la creación suprema...

—¡Y dale!... ¡Qué manía! ¡Si yo no estoy enamorado!...

—¿No? Pues tú te lo pierdes.

Un día Luciano le cogió del brazo. Estaba de muy mal humor...

—Chico... me tengo que marchar a Madrid—le dijo—. Cosas de mi familia...

—¿Y Arabela?

—¡Oh, Arabela queda aquí... Dejo el estudio... deajo todo. Pienso volver. ¿Cómo voy a vivir allí?... No; vuelvo. ¡Claro que vuelvo, quieran o no quieran!...

A los tres días entró sonriendo en el estudio. "No me marchó, chico, no me marchó..."

Antes de terminar la semana comenzó a hacer el equipaje, rompiendo cuanto hallaba a su paso, maldiciendo como un obseso.

La fecha señalada para la partida, sentado sobre el baúl de los libros, decía: "Todo está pronto, ¿verdad?... Pues ahora no me voy, ¡ea!... No y no." Pero se encaminó a la estación vociferando: "¡Si no me sueltan me desato!... Ya ves... Arabela..." Y se detuvo. "Ahora que... Esta criatura queda aquí... En un París... en este París que todos sabemos lo que es para una mujer joven y bonita... para una mujer que al fin y al cabo es libre... ¿Comprendes? Te la encomiendo. Júrame que..." Jesús Ramón no dijo nada. Siguieron andando.

En la plaza de Rennes, Luciano co-

gió a su amigo por los hombros como si fuera a zarandearle.

—¿Pero no me dices nada?... ¿No ves que estoy indignado? ¡Desesperado!... ¡Deshecho!

—¿Qué quieres que te diga? ¿Tienes que marcharte?...

—¡Es preciso!... ¡No conoces a mi familia!... Mira... Mi padre...

Y comenzó un relato monótono de la severidad paterna, alternándolo con algún grito, con algún manotón, con alguna exclamación de burdel.

Aunque Arabela quedó encomendada a la custodia de Jesús Ramón, el muchacho no se atrevía a visitarla.

Ella fué por dos o tres veces al estudio con su amiga Berta, otra irlandesa del Condado de Tipperary, alta, triste, enfermiza como un árbol trasplantado que no arraiga en el suelo extraño. Berta, desde que entraba, arrebuja en su gran estola de kolsky, comenzaba a canturrear canciones infantiles, mientras fumaba cigarrillos de opio. Miraba con las graves pupilas verdes y mortecinas todo, y de pronto, sobre su piel cetrina comenzaban a correr las lágrimas, dándole el aspecto de una Niobe dulce y juvenil.

—¡No cantes! ¡No cantes!—decíala Arabela en cuanto oía la ingenua canción—. Y luego, volviéndose hacia quien la oía, explicaba sobriamente:

—¡Se acuerda de su niña!

Berta un día se murió, decían que de pena. A todo el mundo le extrañó porque es muy difícil morir de pena. Pero antes, por tres o cuatro veces, había ido al teatro y a los museos con Arabela y con Jesús Ramón.

Después de morir Berta, él comprendió que hacía mal en no acompañar a Arabela, tan insistentemente encomendada a su caballerosidad por Luciano, y la escribió un día, quedando

con ella en que irían juntos a *la Rotonda*, y desde allí, en compañía de alguna amiga, donde ellas dispusieran.

Al entrar nadie advirtió su presencia. Fueron a instalarse a la mesa donde Luciano formó su tertulia. Allí recibieron con grandes muestras de entusiasta bienvenida a Arabela. De la peña de los artistas españoles también salieron saludos cordiales; pero al poco rato oyó Jesús Ramón alguna risa contenida, alguna tos impertinente... advirtió codazos expresivos...

—¿Qué pasa? —gritó desde su asiento.

—Que sea enhorabuena—dijo uno.

—Hola, Tenorio; ¿qué has hecho de don Luciano Mejía?...

—Conque... ¡tú! dando compañía... y... Bueno, compañía a la... señorita Arabela...

—¡Ah!... ¿Conque?...

—¡Ejem!... ¡Ejem!... ¡Ejem!...

En el ánimo de Jesús Ramón no estaba el buscar bronca; sin embargo, no retrocedió ante aquella burla manifiesta.

Con las manos en los bolsillos de la americana avanzó hasta el grupo.

—¿Qué? ¿Trae usted revólver?—preguntó un poeta malagueño pelisajo y fornido como un teutón.

—Siempre—contestó rotundamente el muchacho.

—Pues dispáre usted—dijo el curioso enardecido.

—¿Contra quién?...

—Contra mí, el primero...

—No cazo liebres con revólver.

Hubo un gran revuelo. Todo el mundo estaba en pie.

El escultor se volvió tranquilo hacia su mesa. Arabela le gritó:

—¡Deles usted la cara!

Entonces Jesús Ramón dijo sin volverse:

—Son españoles; ¡no van a matarme por la espalda!

Carmelita Plaza gritó:

—¡Ole los tíos!... ¿Habéis oído?
¿Sus habéis enterao? ¡Ya tenía yo
gananas de oír eso aquí, en esta tierra
ande no se zabe ma que elogiá a los
yankys. ¡Ven acá, tú, escurtó!... ¡ven
acá, tú, hijo mío!... Y corriendo ha-
cia él le echó los brazos al cuello, y
volviéndose a sus amigos...

—Bien podíais traé a toos los can-
grejos de zingania pa que tocaran
aquí la marcha reá o una farruca
bien tocá...

Se había conjurado el peligro. Car-
melita, cogida del brazo de Jesús Ra-
món, aun reía nerviosa, cuando vió
los claros ojos de Arabela fijos en
ella.

—¿Es tu novia?

—No; la novia de un amigo que
ahora está en Madrid.

—¡Güeno!... la misma cosa. Ven-
ga osté acá, niña, ¿*vu comprendé?*...
Pos... pos... pos si *vu no comprendé*
no venga osté, so mal ánge!... ¿Qué
me miras así?... ¿Crees que me voy a
comé al amigo de tu novio? .

Y hablaba engolando la voz, accio-
nando como un torero bonito llevan-
do el capote. Vivaz, flamenca, con esa
flamenquería postinera de las mujeres
habituadas a que sus gracias sean co-
readas con *olés*, igual que las faenas
de los diestros.

Jesús Ramón la miraba maravilla-
do. La dijo:

—¿Salimos?...

—Sí, hijo, sí. Arrea p'alante.

Y gritó a los otros:

—Sola he venío y acompañá me
voy. Si viene *mesié* Machachusqui
ese... o como se llame, le decís que en
casa estoy. ¡Na ma!... ¿eh?, na ma
qu'esto!

En la puerta del café se hicieron
las debidas presentaciones, y salió
Jesús Ramón dando compañía a las
dos muchachas, que difuminaban sus
perfiles esbeltos en la niebla. De blan-
co Arabela, con sus pieles costosas,
la mirada gris perdiéndose en la le-

janía del recuerdo, bajo el ala del
amplio sombrero donde se desmaya-
ban dos plumas de largas barbazas.
Carmelita, cobijando sus fuegos an-
daluces dentro de la capa negra, de
seda, como el Mefistófeles teatraliza-
do. Las hebillas ostentosas de piedras
lanzaban irisados fulgores al andar;
los taconcitos altos repiqueteaban rít-
micos como en una danza acompa-
sada.

Tac-tac-tac...

La calle, enlodada, se ornaba de
una claridad blanquecina y de un
diamantino resplandor al paso de las
dos mujeres silenciosas.

Tac-tac-tac...

Jesús Ramón pensaba.

No hablaba, no decía nada... Es-
taba triste. Pasó un taxi. Lo llama-
ron.

—¿Dónde, Arabela?...

—A casa.

Y mientras él daba la dirección...

—Ustedes, ¿no suben?...—dijo ella.

Ante aquella pregunta formulada
fríamente en el momento de poner la
andaluza el pie en el estribo, Jesús
Ramón la asió del brazo.

—No—dijo con viveza.

Pasaba otro auto y subieron a él.
Carmelita, ya dentro, dijo:

—¿Por qué no hemo acompaña ar
merengue eze?...

—Porque me gusta más que *er* me-
rengue *eze* esta fruta sevillana.

Y la besó en la boca.

—No hay que ofendé, niño, que
yo no reniego de mi pueblo.

—¿No eres tú sevillana?

—No, hombre; ezo lo tengo que
decí aquí, porque si en París no dice
que eres de Siviya o de Graná, se
creen que too lo demá e Galicia.

—¿Y tú de dónde eres?...

—De Rute, hombre...

—¿De Rute?...

—¿Tampoco sabé tú dónde está
Rute?... Rute... hombre... Rute...

¡Güeno! ¿No has visto tú nunca un

clavé sobre el mapa? Pué en cuanti que lo veas, di... este e Rute.

Rieron los dos; pero él, cuanto más

se estrechaba a la andaluza, más comprendía que deseaba de un modo irremediable a Arabela.

V

Una noche sin saber por qué Jesús Ramón se encaminó a casa de la amante de su amigo.

La encontró sola.

La salita forrada de cretonas, los viejos muebles cubiertos de telas chinas para disimular sus deslucidos forros, los almohadones de colores vistosos dan un aspecto de plácido optimismo a la habitación fragante de té y de rosas primaverales.

—¿Quién me ha mandado estas flores?—dice ella al verle.

Jesús Ramón se queda perplejo. Hubiera querido decir: "Yo, yo; he sido yo. Las he mandado yo, porque pensaba en ti, porque no pienso más que en ti, porque eres mi obsesión y mi deseo constante, porque me he dicho tantas veces que no podía quererle, que he llegado a hacer de tu persona una cumbre innacesible, un ídolo deslumbrador cuya sola piedad sería mi desventura. Porque al comenzar cada día me repito: "No puedo quererla, no, no, no. No será nunca, nunca, para mí." Y como en la inconsciencia del sueño te hacía mía, para no llegar a esta felicidad imposible he dejado de dormir noches enteras. He paseado horas y horas por las calles frías; he leído, sin comprender, libros y libros; he dispersado mis

pensamientos en frívolos ideales, repitiendo en cada alto de la imaginación como en un maniático estribillo... "No puedo quererla... no puedo quererla... no puedo quererla... Es un imposible; no será nunca para mí."

Arabela grita:

—Pero, indio, ¿qué le pasa a usted?... ¿Se ha vuelto usted tonto de pronto?...

—¿De pronto?... No; soy tonto desde hace demasiado tiempo.

—Adivino: desde que me conoce.

—No; porque a usted no hace *demasiado tiempo* que la conozco.

—¿No?... ¡Casi un año! Y a mí me parece que hace más. Me parece que le conozco a usted desde toda mi vida. En este medio año mi existencia ha sido más completa que en los veinticinco años que he vivido sin tenerle a mi lado. La misma noche en que nos presentaron supe toda su historia; al mes le conocía a usted ampliamente, sabía sus gustos... sus cualidades, sus defectos... sus terribles, sus temibles defectos. Hoy creo que estamos juntos desde toda la vida, me parece que no podríamos vivir lejos el uno del otro, y cuando recibo carta de Luciano y leo: "Recuerdos a Jesús Ramón. Dile que me escriba", creo que es él un amigo nuestro, un

buen amigo a quien por un capricho de arte he servido de modelo y que usted es... él, ¿sabe usted? El.

Jesús Ramón mira a Arabela como un loco.

La ve sonriente y serena; su actitud no corresponde a sus insinuaciones.

¡Aquella mujer fué siempre una contradicción viva!...

La lámpara velada por la pantalla oriental da a sus cabellos rubios irrisaciones caprichosas. Sus ojos cándidos se aclaran como dos gotas de agua bajo el cielo matutino.

Vestida de blanco, con una rosa entre las manos, es como la musa delicada de una estampa de Dante Gabriel Rosetti, y ella, que lo sabe, que está segura de la fascinación que producen sus estudiadas actitudes, permanece inmóvil, desconcertando con sus ingenuas apariencias al hombre perdidamente enamorado, al artista intérprete de su forma.

Llamaron.

—Adelante.

Entró la criada sonriente. Germana, una *bonne* gorda y canosa, siempre dispuesta a recibir una propina. Saludando, tiende un telegrama a su señora.

El telegrama había sido abierto en tres o cuatro ocasiones y estaba pegado por diversos sitios. Tenía fecha atrasada y era de un modisto anunciando el envío de un abrigo. Pero era un telegrama que servía siempre que llegaba un visitante de interés. Germana lo sabía. Transcurrido el primer cuarto de hora... golpeaba la puerta del saloncito forrado de cretonas. "Señora, un telegrama." A poco se oía un comentario; unas veces era "Dios mío... Dios mío... ¡qué horror! ¡qué catástrofe!... Mi padre, mi padre que llega de París..." En otras ocasiones una alegre carcajada. "¡Oh!... ¡bah! Puedes leer... El modisto, que me envía un abrigo..."

Y tras una pausa, un *joh!*... Y luego un *jah!*..., y después de un silencio como en un soliloquio... "¿Y de dónde saco yo ahora los dos mil francos que necesito?..."

Germana ponía muy buen cuidado de no equivocarse con los visitantes y no repetir el *truco* del telegrama dos veces. Por eso en la pared de la cocina tenía sus pintorescas apuntaciones trazadas con un carbón. En una nota: "Banquero inglés: telegrama y susto." Esta fué una improvisación que le valió doscientos francos. Bajo los nombres, todos ellos con significativas advertencias, la astuta sirvienta, como una dueña de Agustín de Rojas o como una buscona de Bocaccio, escribió: "Escultor. Americano del Sur. Telegrama." Y luego, tras una cruz y dos exclamaciones: "¡Poético!", o lo que era igual para ella, "no es dadivoso".

Mientras Arabela *leía* el cien veces releído parte, Jesús Ramón interrogó con la voz velada:

—¿De Luciano?

—Sí—afirmó ella sonriendo.

El se tornó triste. Nuevamente el estribillo acusador de su conciencia: "Nunca, nunca será para ti."

Quería marcharse, quería marcharse, huir, no verla más. No ser infiel al amigo, pero no sufrir aquella estúpida tortura, aquel sacrificio excesivo, y entonces ella continuó:

—Así siempre, siempre. Me quiere mucho. Me recuerda de continuo. Siente la nostalgia de la felicidad, y cada hora que pasa...

Jesús Ramón se levantó; tendió la mano a Arabela.

—Adiós.

—No, no se marche usted.

—Voy a darle una taza de té. Siéntese, siéntese aquí. Aquí... en mi butaca, donde yo paso mis horas de ensueño... donde yo leo... donde *te* espero... Y se inclinó sobre él, que se había dejado conducir dócilmente

hasta el sillón muelle y profundo. Con la cabeza sobre el respaldo, sintió la caricia de la boca tanto tiempo esperada. Entonces el estribillo, que antes negaba fríamente, tristemente, "no será nunca, nunca para ti" se trocó en una ráfaga ardiente que le azotaba las sienas. "Es tuya, es tuya. Sólo será para ti. Tiende los brazos."

Al día siguiente volvió Jesús Ramón antes de la hora convenida.

No podía dominar su impaciencia. Ella le recibió con una alegría estruendosa.

—¿Cómo? ¿Tú?... ¡Ya!... ¿A estas horas? ¡No quiero verte, no quiero verte!... Te dije que a las seis, y apenas son las tres...

Y reía, corriendo por la habitación, arrojándole los almohadones como proyectiles. El la perseguía. Por fin la dió caza. La retuvo en su poder unos instantes. Ella no hacía más que reirse. El no hacía más que repetir en infinitos tonos las mismas palabras.

—No podía vivir sin verte, ¿sabes? ¿sabes?... No podía vivir sin verte. A veces la voz se le rompía, y no era más que un jadeo apasionado...

En una tregua dijo Arabela como si continuara una discusión con un falso reproche que la aniñaba deliciosamente:

—Sí... sí; pero yo te había dicho que a las seis.

—Sí... pero yo te había contestado que eran demasiadas horas.

—¡No!—dijo ella riendo.

—¿Para ti no?...

—¡No!... Porque estaba vistiéndome para irte a sorprender al estudio...

—¿Ibas a ir allí?... ¿Dónde nos vimos por primera vez?

—Iba a ir... iba a ir... Yo tampoco podía vivir una hora más lejos de

ti. ¡Oh, déjame, déjame!... Eres un verdadero salvaje... ¡Déjame!...

—Tengo que justificar que has caído en poder de un indio...

Unos golpes en la puerta. Tras una pausa...

—Adelante...

—Señora, un telegrama... y un guiño como diciendo: "¡Ojo! ¡que es de verdad!" Arabela comprendió—¡qué fastidio!... Algún recuerdo de un amigo antiguo—. Una sombra le nubló el rostro risueño.

Jesús Ramón preguntaría...

Una escena de celos ahora... al empezar aquellos amores que él juzgaba un delito de infidelidad al amigo.

Leyó y comenzó a llorar... a llorar sin arrebatos, sin un gesto, con la cara entre las manos. Lloraba, lloraba...

El preguntó como la noche anterior, con la voz aun más humilde... con más tristeza aun:

—¿Es de Luciano?...

Arabela sollozó. La hirió aquella pregunta. Creía que esta desventura venía para castigarla por la mentira del falso telegrama. Cuando se es desgraciada se creen cosas pueriles, se tiene siempre miedo a haber merecido ese dolor. Se busca en los recuerdos las culpas dignas de castigo. Tendió al escultor el parte Venía del Condado de Tipperary. El se lo devolvió...

—Ya sabes que no entiendo el inglés. Dimé tú... dime tú...

Pero como realmente lo que más le interesaba era el nombre, inquirió con su instinto de celoso:

—¿Quién es Osvaldo Brown?

Ella, sin enjugarse las lágrimas, traducía entre comentarios:

—La granja... nuestra granja... nuestro solo patrimonio... Mi único refugio ha sido devastado por un incendio...

—Pero ¿quién es Osvaldo Brown?.. —dijo el muchacho tembloroso.

—El prometido de mi hermana Neva, a quien yo he servido de madre. ¡Mi hermana! ¡Mi pequeña Neva!... La he tenido protegida en un colegio en Londres, y ahora había regresado a Irlanda para casarse. Aún no hace un año concertamos la boda... Yo volví a Francia ¡tan dichosa!..., ¡tan segura del porvenir! Ellos creen que yo estoy en París como lectora en una casa noble, y ahora..., ¡ahora!...

Volvió a sollozar, entregándose toda a su desesperación.

—¡Pobrecita, pobrecita!... ¡Ven!

—¡Sí, pobre..., pobre!... Soy pobre.

—No, Arabela, no—dijo él, tomándola en los brazos como a una niña

enferma, secándola las lágrimas tiernamente—. No, Arabela; no. Escribe a Oswald Brown y a tu pequeña Neva que comiencen a reedificar vuestra granja. ¿Quieres?... ¿Quieres?

Ella escondió la cara en el hombro de Jesús Ramón. Se estrechó furiosamente a él con esa efusión triunfal de las mujeres que se ven amadas, protegidas y... burlan al amante.

Por la noche salieron, y Arabela envió un parte a Oswald Brown: "Es cierto. Te he sido infiel y no lo niego. Es inútil que me amenaces con suprimir pensión. Mi protector, que ayer regresó a Suecia, me ha dejado depósito en el Banco, superior a tus mezquinos envíos. Aprende."

VI

Tres meses después, y ya en Madrid—como en un sueño doloroso—, Jesús Ramón se echó a la calle en busca de Octavio Argel. Era el único que podía consolarle. ¿Qué habría sido de él durante esos dos años y medio de separación?...

Fué directamente al moderno cenáculo de la calle del Carmen, donde se reunían los artistas más *européizados*; allí le recibieron con sorpresa.

—¡Caramba!... ¡Montesa! ¿Usted por aquí?...

—¡Hombre..., Jesús Ramón! ¿Desde cuándo en los Madriles?...

Luego en la Maison, en el Gato y en el Lion d'or, iguales preguntas..., iguales bromas...

—Chico, cuenta tus éxitos...

—¡Bienvenido, hijo pródigo de la Musa madrileña!

—Oye..., no vayas a pagar con tu tercera medalla, ¿eh?... Aquí ni una peseta quedas bien con el camarero...

En Bellas Artes encontró a Octavio. Le halló en la biblioteca, sereno..., vistiendo un terno impecable.

—Alégrate: soy rico. He fundado un periódico. ¡Bah!..., poca cosa..., una revista... de arte. Por ahora tengo ocho suscripciones; pero espero triunfar. Hay un señor que me da todo el dinero que quiero. ¿No has oído decir que en Madrid hay siempre un señor que da dinero para

un periódico y que luego se cansa? Bueno; pues yo he tropezado con *ese señor que da dinero*, y hasta que se cansa aquí me tienes director de una revista preciosamente editada. Mira, mira... Papel cuché... ¡Mira qué grabados!... ¡Y qué firmas! ¿Eh? Doña Emilia..., Benavente..., Valle-Inclán..., Ortega Munilla..., Azorín..., Crítica de Francés..., un soneto de Villaespesa... Una fotografía de don Benito con la Xirgu. La portada..., ¿eh?... de Romero de Torres... ¡Muy prestigioso! ¡Ninguna revista empieza así!... ¡Claro que éste es el primer número!... Algunos me han largado un *refrito*...; pero ahora... veremos... ¿No te alegras?

—¡Sí, hombre!... Sólo que... pierdo el amigo que ahora más que nunca necesito. Yo venía a buscarte para que te vinieras conmigo..., para que me aconsejaras..., para que oyeras mis lamentaciones... Pero ahora ¡estás tan ocupado!..., ¡tienes tu periódico!...

—¡No, hombre!... ¡No!... Tengo tiempo para todo... Mañana te mando el baúl al estudio como una criada. Allá me voy. ¡Si esto vive de los anuncios!... ¿Que se llama "Acropolis"?... ¡Pues vive de los anuncios como si se llamara "El cerro del Pimiento"!...

También en Bellas Artes sufrió Jesús Ramón los saetazos de los amigos burlones, también advirtió la indiferencia y el desdén. También supieron renovarle alguna pesadumbre, recordando sin venir a qué el éxito de algún antiguo rival del muchacho, el encumbramiento de tal o cual amante que en otro tiempo le traicionó...

Decepcionado, abatido, asqueado más que iracundo, salió de allí, siguiendo, sin rumbo fijo, la calle de Sevilla hacia Príncipe. En la plaza de Santa Ana se quedó pensativo. ¿Dónde iba?... ¿Qué hacer?... Iría

al Ateneo. Bajó por la calle del Prado taciturno..., descorazonado. Frente a los billares se detuvo: había visto a Luciano.

Entró resueltamente.

Le parecía que su corazón, por fin, hallaba el medio de lavar su culpa.

—¿Tú aquí?—dijo el amigo, tendiéndole los brazos.

—Sí; ¡aquí ya!...

Arabela, blanca y rubia como una estampa de Dante Gabriel Rossetti cruzó por el recuerdo de los dos hombres.

—¿Desde cuándo?...

—Desde anteayer.

Los dos pensaban en la misma mujer.

—¿Puedes salir conmigo?

—Sí; he terminado la partida.

En la calle ya...

—Toma.

—¿Qué es esto?...

—Un telegrama de Arabela.

—¿Para mí?

—Para mí: lo he recibido anoche. Luciano, sin abrirle:

—¿Qué te dice?...

—Lee...

—“Imbécil” ¿Imbécil? ¿Por qué?...

—Por mis... escrúpulos. Yo la quería. Huí de París, me alejé de ella por no traicionarte... del todo.

—Tiene razón Arabela... ¡Imbécil!...

—¡Luciano!...

—Sí, chico, sí. ¿Tú no comprendías que habíamos reñido?...

Jesús Ramón se agarró al brazo de su amigo.

—¿Eh?...

—Sí. ¿Tú crees que, si no, la hubiera dejado encomendada a un hombre joven y con dinero?... Yo sabía que te gustaba como ninguna mujer. Lo que no sabía era cómo dejarla... sin causarla perjuicio. Ella misma me indicó que tú podías ser... un porvenir. Nos separamos. Yo, naturalmente, la mandé mi último regalo y no

la di mi dirección... La dije que me marchaba a Italia. Y tú, ¡imbécil!, sí, ¡imbécil!, la dejas la jaula abierta... ¡Pues te has caído! Arabela no es una mujer de quien uno se libra fácilmente. ¡Oh, no!... ¡Menuda lapapa!... Aquí la tendrás..., y vendrá..., Y te hará una escena... Y tendrás que salir por la calle con ella..., con esas plumas... y esas pieles de borrego; ¡en un Madrid, donde todo llama la atención!... Y tendrás que matarte con siete señores cada cinco minutos, porque dirá todas las inconveniencias que se la ocurran. Y un día le tirará un plato a la cabeza a un camarero, y otro día, a ti... Y le dará un ataque de nervios en el teatro... Y se reirá de todo, y dirá que es mejor Irlanda que España, y querrá que quiten la Cibeles porque le dan miedo los leones, y se pondrá a cantar a voz en cuello un himno junto a la estatua de Velázquez, entre rechiflas de los cocheros... ¡Imbécil!... ¡Imbécil!...

.....
Jesús Ramón, deshecho, con el espíritu ensombrecido por la celada que se había tendido a su caballeridad y el complot fraguado en contra de su amor, subía la escalera de su casa...

Tenía el corazón lleno de escepticismos, el cuerpo rendido, presa de un cansancio doloroso, febril. Amargura por dentro y por fuera. Era de noche, y el cielo azul, florecido de estrellas claras, como en una casta apoteosis cristiana, se dejaba ver por las abiertas ventanas de la escalera, en sombras. De pronto el muchacho se detuvo crispado por un sobresalto nervioso: le había parecido ver un hombre ahorcado, pendiente de una cuerda.

Se asomó, y pudo distinguir un traje de mecánico, que, como un conspirador de la Edad Media, se bamboleaba en las tinieblas.

Pensó en Octavio Argel: el poeta visionario, el doloroso caminante, el luchador de irrealizables ideales. ¿Qué diría al ver ese fantasma de la muerte bajo el cielo primaveral?

Y ya de madrugada, cuando Octavio llegó al estudio, hablaron mucho de la extravagante aparición, digna de un relato de Edgardo Poe.

.....
.....
—Oiga usted — dijo Jesús Ramón uno de los días en que la portera arreglaba su habitación—; ¿qué diablos hace ese traje de mecánico colgado en el patio desde hace casi un mes?

—¡Ah! ¡Ya! Sí..., sí. ¿Lo ha visto el señorito?...

—Caray, si lo he visto. Como que cuando subimos por las noches el señor Argel y yo decimos que es un ahorcado.

—¡Jesús María! ¡Qué señoritos éstos!... ¡Un ahorcao!... Pues mire usted, bien malito que está el dueño. Es de los interiores, ¿sabe usted, don Jesús Ramón? El muchacho de quien es ese traje... pos... es... ¡no sé qué cosa de una fábrica! Y resulta, ¿sabe usted?..., que le alcanzó una máquina y le hirió en el cuello, y le trajeron..., pero que se moría. Como que aún está en la cama, y la pobre señora María, la madre, ¿sabe usted? Pues... venga lavar el traje..., y venga tenderlo, y ¡na!..., que la sangre no sale. Y a lo mejor que, como está tan trastorná la pobre, pues que se le habrá olvidao... Yo le diré...

—¡No, mujer!... ¿Qué va usted a decir? ¡Nada!... Si nosotros ya necesitamos todos los días verlo... Si hasta decimos que es nuestro amigo. Le llamamos el amigo ahorcado.

—¡Jesús, Jesús, qué señoritos!...

.....
.....
Aquella noche las ventanas de la escalera estaban cerradas. Octavio y Jesús Ramón, que subían juntos, co-

mo llevados del mismo ímpetu, se precipitaron a descorrer los postigos.

—¡Creía que no estaba...!

Ya en el estudio, el poeta se asomó al tejadillo. Abajo, anudado por el cuello de trapo, el amigo ahorcado se dejaba mecer por el viento estival.

Jesús Ramón siguió al lunático. Se encaramó también sobre las tejas. Apoyó en su hombro su dramático rostro. Las dos lumbres de los cigarrillos parecían, en la tiniebla nocturna, los ojos de un gato de fuego.

—Mira nuestro pobre amigo...

—¿Nuestro *pobre* amigo?... Nuestro feliz y olvidado amigo. Todo de trapo por dentro y por fuera, blando, plegable..., dado al aire tibio en el ridículo trapecio de un patio. Feliz, sin sentir este dolor terrible de la carne enferma; feliz, sin saber de este cansancio de todo, que nos destruye. Amigo a h o r c a d o: no te avergüences. ¡Bah!... También nosotros somos harapos todos cubiertos de sangre. Anímate... ¡Ven! ¡Tiéndenos los brazos!

El aire agitó la prenda.

Las dos lumbres de los cigarrillos se hicieron más vivas..., más rojas.

.....
.....
Pero una noche Jesús Ramón, que había ido a buscar a Argel para comunicarle que Arabela anunciaba su llegada intempestiva, se encontró con que Octavio estaba nuevamente embriagado.

La revista "Acrópolis" había fracasado. El poeta bebía nuevamente, poniendo en el fondo de todos los vasos las lágrimas de la desilusión. Oyó, sin comprender, lo que el escultor decía. A su alrededor un número de jovencitos vanidosos como abejorros zumbadores reían, saludando con burlas groseras, el retorno de Octavio a la embriaguez.

—Desengáñate, Argel—le decían—, cuando no llevas tu borrachera a cuestas es como si no llevaras cami-

sa. Estás de una inmoralidad literaria que espantas. En cambio cuando uno lee esas gloriosas idioteces y dice: "Es que el pobre está borracho", pues... ¡Ya ves, te salvas, porque la gente piensa: "Tal vez estando lúcido tenga talento".

Reían todos de las burlas... Escarnecían fríamente, irreverentemente, al hombre genial, indefenso en su letargo febril.

Jesús Ramón se lanzó a favor del amigo, y entonces las saetas se tornaron en contra suya.

Se reían de él, poniendo en las burlas tal cinismo y tanta injusticia, que el muchacho se alejó, porque le parecía poco abofetearlos y demasiado hacerles ver su dolor sincero, que ellos no podían comprender.

Al ascender perezosamente hacia su estudio quiso saludar, como otras noches, al amigo ahorcado. Pero en el callado patio, ancho y oscuro, no halló al fantasma que durante tanto tiempo dióle compañía filosofal.

Sintió un sobresalto igual a aquel que le asaltó la primera noche en que creyó ver a un ahorcado pendiente de la blanca cuerda. Miró..., volvió a mirar... ¡Nada!... ¡No estaba!

Las estrellas, en un cielo más misterioso que nunca por su serenidad inmaculada, ponían su blanca llama inmóvil en los caminos de Dios.

Al escultor se le desbordó el corazón. ¡Era joven y no tenía esperanzas!...

Lloró en las sombras calladamente, copiosamente; lloró, ocultando a todos el espectáculo de sus pesadumbres infinitas.

Y cuando ya no tenía lágrimas una idea caprichosa, una extravagancia surgió en su cerebro, como un pájaro de colores vivos, de aturdido vuelo, salta de la hojarasca donde estaba oculto.

—¿Qué dirá Octavio, cuando vuelva—pensó—al ver que el patio no tie-

ne ese ornamento que él creyó imprescindible?...

¡Qué decepción!... ¡Ya hasta los fantasmas nos son infieles!... ¿Qué dirá Octavio—tornó a repetir el escultor en su ofuscado soliloquio—. ¿Qué dirá, hoy precisamente que ha publicado su soneto?...

Y comenzó a recitar ya junto al tejadillo del estudio, el último soneto del confidente fraternal:

“Tengo un amigo ahorcado que me
[espera...”

.....
.....

VII

—¿Cómo?—dijo el poeta, al subir la escalera, mirando por la abierta ventana—. ¿Cómo? ¿No está el amigo ahorcado?...

Vió una sombra oscilante; pero le pareció más corpulenta, más oscura..., no colocada donde siempre, sino más cerca del rojo tejadillo del estudio; más cerca también del cielo, del cielo que ya comenzaba a resplandecer en dorada luz matinal.

Octavio Argel sintió, en un presentimiento, batir las alas de la muerte en su cerebro, aún incendiado por los últimos destellos de su embriaguez. Y

como necesitaba ocultar a su corazón lo que había visto, dijo ambiguamente, en voz alta:

—Sí está..., sí está el amigo ahorcado...

Y subió la escalera como un loco, vacilando y cayendo a cada paso..., repitiendo aquel primer verso de su último soneto, entre las convulsiones del espanto...

“Tengo un amigo ahorcado que me
[espera...”

.....
.....

Adela Carbone.

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD

**Aceites y grasas
-:- Lubrificantes -:-**

OLEO-MOTOR

*Insuperable
para
el engrase
de
los autos*



*Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

SUCESORES DE E. STEINFELDT
Calle del Prado, núm. 1. — Teléfono 984. — MADRID

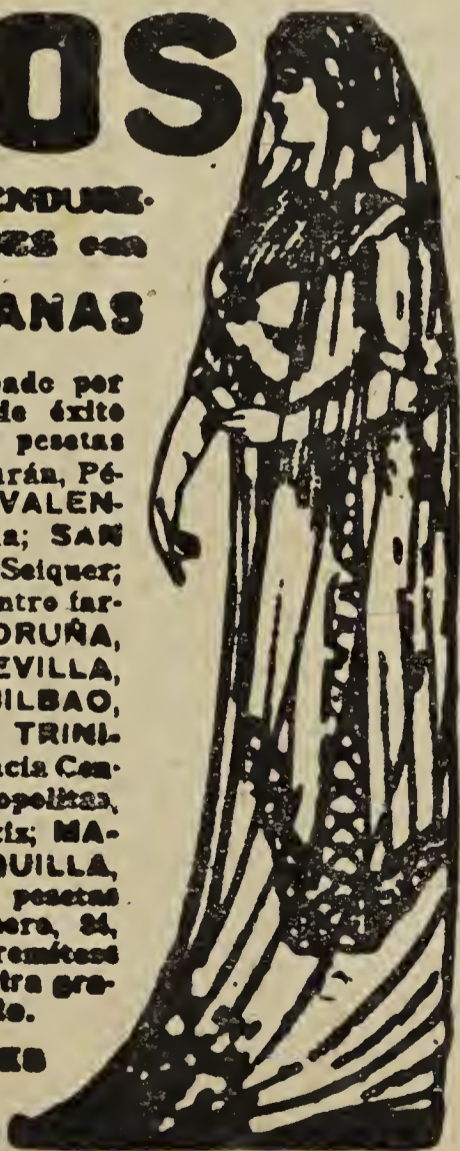
PECHOS

**DESARROLLO BELLEZA y ENDURE-
CIMIENTO EN DOS MESES con**

PILDORAS CIRCASIANAS

Doctor Brun. Inofensivas. Aprobado por
eminencias médicas. 100 años de éxito
mundial es el mejor reclamo. 6 pesetas
frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pé-
rez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALEN-
CIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN
SEBASTIAN, Tornero; MURCIA Selquer;
VIGO, Sadaba, MALLORCA, Centro far-
macéutico; ALICANTE, Aznar; GORUÑA,
Roy; SANTANDER, Satorrio; SEVILLA,
Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO,
Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRINI-
DAD, Bastida; PANAMA, «Farmacia Cen-
tral»; CIENFUEGOS, «Cosmopolitas»;
CARACAS, Daboin; QUITO, Ortíz; MA-
NAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA,
Acosta-Mediate. Mandando 6'50 pesetas
sellos a Pousanzer, Marqués Duera, 24,
Apartado 481, BARCELONA, remitirá
reservadamente certificado. Muestra gra-
tis para convencimiento del éxito.

DEFENSIÓN DE IMITACIONES



SASTRERÍA Y CAMISERÍA

DE

FELIX VILA

Conde de Romanones, 6

MADRID

La mejor revista tarriña

LA LIDIA

Se publica los Lunes

30 céntimos.



3 0112 117481496



Por su original composición, su preparación científica y su eficacia insuperable ha sido premiado por el eminente Jurado de la primera Exposición Nacional de Medicina e Higiene, primer Certamen a que ha concurrido.

Exento en absoluto de cálmantes, bicarbonatos y bismutos, vence permanentemente todas las enfermedades del

**ESTOMAGO
HIGADO
E INTESTINOS**

Frasco, 6 pesetas.
Frasco doble (1/2 litro), 10 pesetas

**CONCESIONARIO EXCLUSIVO
JOSE MARÍN GALÁN - SEVILLA**

*Medicamento
de farmacia*